**Maduro**

«Se me paran los pelos nada más contarlo», afirmaba el presidente de Venezuela Nicolás Maduro al aparecer el rostro de Hugo Chávez en una pared rocosa de un túnel en construcción en el metro de Caracas.

He escuchado americanismos, pero nunca que ‘los pelos se parasen’, en todo caso que al ponerse erizados iniciasen un movimiento vertical. O, quizá, en Venezuela no dejan de moverse los pelos y se paran cuando surgen ciertas escenas raras. No sé, aunque siempre me alegro de aprender cosas nuevas

Entonces, un obrero entre emocionado y precavido, sacó una foto con el teléfono móvil y llamó al presidente para narrarle el suceso ‘aparicionista'. A Maduro solo le hace falta un par de milagros para proponerle al papa que santifique a su benefactor en una ceremonia esplendorosa en la Plaza de San Pedro. Además, y en este caso, el postulador vaticano tiene una prueba evidente y objetiva: «la penetrante mirada de Chávez», según expresión textual de su apasionado sucesor.

Solo podría el desconfiado especialista vaticano poner una duda: «¿Y si don Hugo pretendió controlar desde el más allá las obras por sospechosas perezas sin otra intención?». Sí, confieso que no es correcto por mi parte dudar un instante del ardor en el trabajo y del fervor patriótico de los venezolanos, entusiasmados con su fallecido líder, hoy en animadas tertulias conmovedoras con Simón Bolívar, el padre de todas las santas ideas que hoy impregnan la bella Venezuela.

Les tengo envidia, porque mientras que en España nos ahogan los pesares hipocondríacos, ante la fuga del patriotismo, huérfanos de líderes que entusiasmen en proyectos colectivos, tirándonos a cada instantes duros tejos, en Venezuela prolifera la mirada de Chávez, la de la patria, sin esgrimir su merecido derecho al descanso en la jubilación celestial.

Cómo no estará el ambiente que, henchido el presidente, ha fundado un nuevo órgano: ‘Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo Venezolano’. Escribo henchido porque pensaba que la palabra ‘felicidad’ encerraba un absoluto, sin más calificativo. Pero, según parece, no le es suficiente, necesita acompañarla del término ‘suprema’. ¡Bien, muy bien!, señor presidente, que los pueblos solo se mueven de verdad parándoles los pelos, llevándolos por los sentimientos a las metas anheladas. Lo de la razón y el pensamiento reflexivo queda para los aburridos que meditan como anacoretas en las copas de los árboles.

Me atrevería a proponerle a la iglesia católica que prepare una lista exclusiva para los nuevos santos venezolanos, no le vaya a suceder como con monseñor Romero, que el pueble salvadoreño lo aclamó santo desde que lo mataron por defender al pueblo. Tampoco cuesta tanto incrementar el santoral con un par de ellos, de momento: san Simón Bolívar y san Hugo Chávez y, mucho más adelante, san Maduro. Por supuesto que nunca podremos invocar desde nuestro solar hispano a un futuro san Rajoy o a un san Rubalcaba bendito. Y es que, de verdad, llegado el caso se me pararían los pocos pelos que me quedan.